

## UN LIBRO Y UNA PERSONALIDAD\*

POR FRANCISCO MORALES PADRÓN

Fue la de nuestro amigo y compañero una personalidad rica, que exige más de una voz y más de un sentimiento para ser delineada. Al asomarnos a esa personalidad nos encontramos con el amigo y con el médico; con el académico y con el catedrático; con el enamorado de la música clásica y el sabedor de los secretos del canto jondo; con el Pregonero de la Semana Santa y con el Hermano Mayor; con el ensayista y escritor de preciosa prosa y el fino orador; con el universitario de los años rabideños plenos de ilusiones y el universitario maduro con sabor amargo de boca por los avatares del Alma Mater.

Científico, lírico, gran degustador de la poesía, humanista, culto, adornado de interna y externa elegancia.

Era un entero universitario, muy atento al presente. Por el entorno familiar y por el entorno profesional, le era fácil conectar con la voz de los jóvenes. Recordamos, como ejemplo de ello, sus actuaciones en el Colegio Mayor Hernando Colón, cuyo curso de 1964-65 abrió con la conferencia de apertura, y cuyo curso de 1977-78 cerró con la conferencia de clausura. Entre ambos años, fechas de nuestra presencia en tal centro como Director, disertó una media docena de veces con lenguaje y materias de palpitante actualidad ante un público joven que gozaba escuchándole.

Lo tenemos tan cerca, que hablar de él recurriendo al recuerdo de vivencias comunes ha sido inútil. Por eso decidimos penetrar en su personalidad, evocarla, no a través de experiencias conjuntas, sino a través de sus escritos. Y al quererlo sorprender en su clausura mediante la lectura de páginas que nos legó, nos hemos encontrado con que había reflexionado sobre el último trance prefigurando su propia ausencia.

---

\* Disertación leída en la Sesión necrológica celebrada el 4-XII-1987 en recuerdo del Excmo. Sr. Don Sebastián García Díaz.

Porque es verdad, y él lo dijo de otro inolvidable amigo, Florentino Pérez-Embid, que «De tarde en tarde, a lo largo de la vida, alguno de aquellos amigos de coyuntura se nos mete en el hondón del alma, y en ella afincan de manera definitiva, creciendo a la intemperie de los años». El fue, en nuestro caso, uno de esos amigos, sin que atinemos a enunciar una fecha exacta de cuándo comenzamos a compartir nuestras vidas.

Porque es verdad, y él lo consignó, que siempre la muerte es triste tal como «recuerda el Prefacio de Difuntos, y la muerte de un amigo hizo llorar a Jesús; como dejación, como abandono, como brusco arranque de todo lo querido». Y eso ha sido su muerte, por la que también hemos llorado.

Porque es verdad, y él lo experimentó, que ante la muerte de un amigo insustituible, «De esos pocos amigos que la vida nos regala y la vida se lleva», nos estremecemos al pensar en el *nunca más*. Nunca más que se dice a sí mismo quien va a desaparecer, y nunca más que dicen los que permanecen sufriendo su desaparición.

Al reflexionar sobre esto, esboza un retrato de su propia idiosincrasia cuando pone los ejemplos de nunca más la melodía favorita, nunca más el tacto de la mujer amada, nunca más el olor de los nardos, nunca más la tristeza del vino, nunca más las palabras de amor, nunca más el goce de la amistad. Un inventario breve y expresivo de lo que le era más querido, y que complementa con el nunca más del que se queda, y es ese nuestro caso. Porque somos nosotros, doloridos y afectados, quienes nos susurramos: nunca más su voz, sus pasos, sus comentarios, los proyectos en colaboración, sus silencios, su presencia. Nunca más tanta y tantas cosas y, sin embargo, y a pesar de ese no ser, seguirán dándose indiferentes las mañanas luminosas, la primavera, las rosas, la vida, los atardeceres, las noches... tal como cantó Foxá en versos que él recordó:

«Y pensar que después que yo muera  
aún surgirán mañanas luminosas».

Duele admitir que todo seguirá igual y que nada del conjunto de cosas que nos producen placer nos será dado podérmolas llevar, sin atender a nuestra Religión que nos promete ir adonde las mañanas son todavía más luminosas y donde la primavera encarnará de manera más extraordinaria en la seda de las rosas. Nos

duele egoístamente pensar eso, sin caer en la cuenta como indicaba Quevedo que eso existe porque nosotros existimos. Y cuando dejemos de ser no habrá cielos, ni soles, ni lunas. Consideración ésta que puede constituir un paliativo para el nunca más del que va a desaparecer, pero no para el nunca más del que permanece.

Jamás sus amigos seremos como habíamos sido antes. Seguiremos siendo, pero mutilados al privársenos de su ayuda y «aquella parte de nuestra propia vida que nos era común, compartida e indisociable» (J. M. Cabodevilla). Somos ya menos que antes, porque en nosotros se ha desvanecido algo que él se ha llevado. Somos lo que somos más lo que los demás nos prestan o dan, y menos lo que se llevan cuando se van.

Tal comprobación angustiosa, intensifica el dolor; un dolor que crece al advertir que no contamos con el compañero para hablar de muchas cosas que, por una u otra razón, íbamos dejando para más adelante en la absurda creencia de que el tiempo sería un siempre. Y ahora, todavía ahora que no nos hemos repuesto, que «siento más su muerte que mi vida», según el verso de Miguel Hernández (y paso a un Yo personal para hacer más mío el sentimiento), ahora en que «voy de mi corazón a mis asuntos», me cuesta trabajo asumir su alejamiento porque todavía mi corazón se impone a mis preocupaciones.

Necesitaríamos más perspectiva, más cicatrizaciones, incluso más heridas, para hablar desapasionadamente de quien en nuestra vida sobrepasó las exigencias de la amistad. El tiempo, se dice, lo cura todo; pero no es verdad. Logra, eso sí, que el alboroto anímico producido por la aflicción se remanse gracias a las vivencias que se suceden y que logran que el sufrimiento no siga a flor de piel, sino que se recate en la clausura de nuestra intimidad. El trastorno deja de ser permanente y externo para convertirse en un dulce escozor interno que cualquier circunstancia —olor, visión, sonido— hace aflorar de cuando en cuando.

Fue más que un amigo; era más que un hermano. Sentir que todo eso que era de más jamás lo podremos volver a disfrutar, nos alicorta y nos empobrece. Estábamos seguros de que a él siempre lo encontraríamos allí, pródigo, a cualquier hora para aprontar la solución a nuestros males físicos o regalarnos el consejo y la sugerencia útil a nuestros dilemas. Creíamos firmemente que él continuaría después que nosotros. Comprobar lo contrario ha tenido

categoría de derrumbe, de perplejidad. Nunca más nos será dado recorrer al atardecer las calles amorosas del barrio para sumergirnos en la penumbra de su despacho a conversar, teniendo de fondo una música clásica y la vigilia de unas rosas. De rosas, de la rosa de su jardín y de las rosas de su florero, hablamos en la que fue nuestra última entrevista. La presencia leve del otoño era ya evidente, y él representaba su trance de acuerdo con lo que había teorizado.

Nos fuimos lejos; cuando regresamos ya no estaba. Nos volvimos a ir a unas tierras donde el otoño es más otoño que en nuestra ciudad. Y fue en aquel ambiente adornado de fríos, lejanías, nieves cercanas e infinitos dorados y verdes de unas hojas caducas, cuando releímos su ensayo en clave andaluza sobre la muerte para el cual redactamos en su día el texto de la contraportada. Nos sorprendió comprobar que su final estuvo acorde con lo que allí dejó escrito. El libro, en palabras suyas, era «el desahogo a corazón abierto de un médico sumido en la perplejidad tentadora del cientifismo y del humanismo con toda su carga de responsabilidad y dolores». Fue, era, una confesión en torno al *cuándo, dónde y cómo* morir. Ciencia y religión o tomas de posturas infantiles como él señala, se aunaron para dar unas respuestas. El médico, el profesional, no prescindió del hombre, del creyente.

De siempre le preocupó el tema de la muerte; era algo, escribe, que le nacía de dentro y le llevaba hacia arriba. Consideró que la muerte era «la puerta estrecha que hay entre la vida y Dios». Morir, tal como lo concibió Miguel Mañara, era verle la cara a Dios. El hombre es un ser concienciado para la muerte, pero también alberga un anhelo de inmortalidad, único motor de la vida y único acicate de la creación. En todo ser humano anida un deseo de sobrevivir. Por eso la resurrección es la principal de las creencias estimulantes, y de modo definitivo —escribe— cuando Cristo resucita constituye la almendra de la fe católica. Nos encontramos, pues, ante un hombre de fe, que cree en el más allá.

Al analizar la aceptación consciente de la muerte reflexiona sobre la aprobación inteligente de envejecer mediante un desprendimiento de las cosas, antes de que éstas se nos caigan o nos sean arrancadas. De paso señala lo positivo de realizar esto en pareja.

Dios no quiso que él viviese tal momento, y le puso en el compromiso de aceptar «la muerte en plenitud, con todo lo que tiene

de radicalidad destructiva». Cuando todavía no había descubierto —son palabras suyas— que el peso de los recuerdos puede más que las alas de los proyectos. Testigos fuimos de actividades que no debió abordar y de proyectos que dejó en marcha para nuestra Academia, como el ciclo de conferencias sobre los Hospitales.

Mientras que la muerte del hombre anciano, en su apreciación, es una muerte en pobreza, la suya sería una muerte en riqueza, porque su vida era una vida en plenitud, de manos llenas. Estaba en condiciones de contestarle a Rabindranath Tagore a satisfacción cuando pregunta «¿Qué ofrecerás a la muerte el día que llame a tu puerta? Le tenderé el cáliz de mi vida, lleno del dulce mosto de mis días de otoño y de mis noches de verano. ¡No se irá con las manos vacías! Todas las cosechas y todas las ganancias de mi afán se las daré, el último día, cuando ella llame a mi puerta.» Así fue, en este otoño de Sevilla, en el otoño de su vida, hizo entrega de todas sus cosechas y de todas sus ganancias. Cosechas de siembras realizadas en los campos de la amistad y en la mente de decenas de generaciones universitarias.

Enfrentado a cómo debería ser el último minuto de la vida de un ser humano, hizo constancia de su enemiga a los seudomilagros científicos representados por las Unidades de Cuidados Intensivos y al sobrevivir a base de tecnología y sufrimientos. Rehusó la prolongación de la vida evitando la muerte plácida. Defendió el derecho a nacer y morir en casa; defendió la muerte en paz que pocas veces la Divinidad niega; defendió la buena muerte plasmada en uno de nuestros Cristos más representativos; defendió la práctica de una ciencia vinculada a la doctrina cristiana.

Reconocía que era lógico y racional experimentar miedo ante la muerte por lo que ella significa de separación definitiva y por lo que implica de enfrentamiento a lo desconocido. Circunstancias a las que se une el amor a la vida, el aferramiento obsesivo a todo lo que poseemos. Por eso la muerte puede llevar consigo temor y dolor, aunque por lo general esto suele ser paliado. Y en esos distintos sentidos que se le dan a la muerte: la muerte como castigo, como holocausto, como liberación o como premio, señaló que el último era el más deseable, el del «muero porque no muero» de los místicos españoles, llamado ahora también «muerte por visitación de Dios».

Dios le visitó, y le concedió horas y días para sumergirse en

ascética contemplación y considerar el tránsito como la monotonía de un canto gregoriano. Así lo escribió él.

Consideró, repetimos, más humano el nacer y morir en casa, que es el entorno natural del que desaparece. Y la Divinidad como si escuchase su propia voluntad, dispuso que el supremo instante lo viviera «rodeado de aquellas cosas que a uno le han hecho el alma mientras vivía, y rodeado de aquellos afectos que le ayudan evidentemente a superar el trance más amargo».

«Una parte de nosotros, escribió, seguimos en nuestras casas al caer enfermos, y pasamos las largas noches de presagios que la enfermedad acarrea, las molestias, los dolores, la impaciencia, entre las paredes familiares de nuestra alcoba, entre nuestros ruidos y nuestras sábanas.»

Sus ruidos, sus rosas, su familia, sus cosas —esas cosas que adquirimos para amueblar nuestro hábitat y nuestra vida— estaban allí, tal como él quería. Para decirle adiós, un adiós que sus amigos convertimos en un HASTA SIEMPRE.

Otoño 1987, 4-XII